

Amargamente había reprochado a Trajano que vacilara durante veinte años antes de resolverse a adoptarme, y que sólo lo hiciera en su lecho de muerte. Pero ya habían transcurrido cerca de dieciocho años desde mi llegada al poder, y a pesar de los riesgos de una vida aventurera, también yo había aplazado para más tarde la elección de un sucesor. Circulaban mil rumores, casi todos ellos falsos; se habían aventurado mil hipótesis, pero lo que tomaban por mi secreto no era más que mi vacilación y mi duda. Cuando miraba en torno veía que los funcionarios honrados abundaban, pero ninguno tenía la envergadura necesaria. Cuarenta años de integridad abonaban en favor de Marcio Turbo, mi querido camarada de antaño, mi incomparable prefecto del pretorio, pero Marcio tenía mi edad, era demasiado viejo. Julio Severo, excelente general y buen administrador de Bretaña, no entendía gran cosa de los complejos asuntos de Oriente; Arriano había dado pruebas de todas las cualidades que se exigen a un estadista, pero era griego, y aún no ha llegado el tiempo de imponer un emperador griego a los prejuicios de Roma.

Serviano vivía aún; su longevidad daba la impresión de un largo cálculo, de una forma obstinada de la espera. Hacía sesenta años que esperaba. En tiempos de Nerva, la adopción de Trajano lo había alentado y decepcionado a la vez. Había esperado algo mejor, pero el arribo al poder de aquel primo ocupado continuamente en el ejército parecía asegurarle por lo menos una situación importante en el plano civil, y quizás el segundo lugar. También en eso se engañaba, pues apenas logró una magra porción de honores. Seguía esperando, en la época en que encargó a sus esclavos que me atacaran en un bosque de álamos a orillas del Mosela; el duelo a muerte entablado aquella mañana entre el joven y el quincuagenario duraba desde hacía veinte años. Serviano había predispuesto a Trajano contra mí, exagerando mis desvíos y aprovechando mis más mínimos errores. Semejante enemigo acaba por ser un excelente profesor de prudencia; después de todo Serviano me había enseñado muchísimo. Cuando asumí el poder mostró suficiente finura como para dar la impresión de que aceptaba lo inevitable; se había lavado las manos en la conjuración de los cuatro tenientes imperiales, y yo había preferido no reparar en las salpicaduras de aquellos dedos todavía sucios. Por su parte habíase contentado con protestar en voz baja y escandalizarse a puertas cerradas. Sostenido en el Senado por el pequeño y poderoso partido de los conservadores inamovibles, a quienes mis reformas incomodaban, vivía cómodamente instalado en ese papel de crítico silencioso del reinado. Poco a poco

me había malquistado con mi hermana Paulina. De ella sólo había tenido una hija, casada con un tal Salinator, hombre de noble cuna y a quien exalté a la dignidad consular, pero que murió joven de resultas de la tisis. Fusco, su único hijo, fue educado por su pernicioso abuelo en el odio hacia mi persona. Pero entre nosotros el odio conservaba el decoro; no negué a Serviano su parte en las funciones públicas, aunque evitaba figurar a su lado en las ceremonias donde su avanzada edad le hubiera valido un lugar de mayor privilegio que el del emperador. Cada vez que volvía a Roma aceptaba concurrir a una de esas comidas de familia en la que todos se mantienen a la defensiva; cambiábamos correspondencia y sus cartas no carecían de ingenio. Pero a la larga toda esa insípida impostura había terminado por repugnarme. La posibilidad de quitarse la máscara en todas las ocasiones es una de las raras ventajas que reconozco a la vejez; valiéndome de ella, me negué a asistir a los funerales de Paulina. En el campamento de Bethar, en las peores horas de miseria física y de desaliento, la suprema amargura había sido la de pensar que Serviano alcanzaría su objeto, y que lo alcanzaría por mi culpa. Aquel octogenario tan parsimonioso con sus fuerzas se las arreglaría para sobrevivir a un enfermo de cincuenta y siete años. Si yo moría intestado, sabría conseguir a la vez los sufragios de los descontentos y la aprobación de quienes pensarían seguir siéndome fieles al elegir a mi cuñado. Su mínimo parentesco le serviría para echar abajo mi obra. Me decía, tratando de calmarme, que el imperio podía encontrar amos peores; después de todo Serviano tenía sus virtudes y hasta el torpe Fusco sería quizá digno de reinar algún día. Pero todo lo que me quedaba de energía se rebelaba contra esa mentira y deseaba seguir viviendo para aplastar a aquella víbora.

En Roma volví a encontrarme con Lucio. En otros tiempos había contraído con él ciertos compromisos, de esos que nadie se preocupa de cumplir pero que yo había recordado. Verdad es, por lo demás, que jamás le prometí la púrpura imperial; no se hacen cosas así. Pero durante quince años había pagado sus deudas, sofocado los escándalos y nunca dejé de contestar sus cartas, que eran deliciosas pero que terminaban siempre con pedidos de dinero para él o de ascensos para sus protegidos. Demasiado unido a mi vida estaba para que pudiera excluirlo de ella si se me antojaba, pero lejos me hallaba de querer tal cosa. Su conversación era deslumbrante; aquel joven a quien muchos consideraban trivial, había leído más y mejor que los literatos profesionales. Tenía el más exquisito gusto para todas las cosas; se tratara de personas, objetos, usos, o de la manera más justa de escandir un verso griego. En el Senado, donde tenía fama de hábil, había logrado celebridad como orador; sus discursos, concisos y ornados a la vez, servían de flamantes modelos a los profesores de elocuencia. Lo hice nombrar pretor, y más tarde cónsul, funciones que cumplió satisfactoriamente. Algunos años atrás lo había casado con la hija de Nigrino, uno de los tenientes imperiales ejecutados al comienzo de mi reino; aquella unión pasó a ser el emblema de mi política de pacificación. El matrimonio no fue muy feliz; la joven esposa se quejaba del abandono de Lucio, de quien tenía

sin embargo tres hijos, uno de ellos varón. A sus quejas casi continuas, Lucio respondía con helada cortesía que uno se casa por su familia y no por si mismo, y que un contrato tan grave no se aviene con los despreocupados juegos del amor. Su complicado sistema requería hermosas amantes para el espectáculo, y fáciles esclavos para la voluptuosidad. Se estaba matando a fuerza de placer, pero como un artista se mata realizando una obra de arte; y no soy yo quien he de reprochárselo.

Lo miraba vivir. Mi opinión sobre él se modificaba de continuo, cosa que sólo sucede con aquellos seres que nos tocan de cerca; a los demás nos contentamos con juzgarlos en general y de una vez por todas. A veces me inquietaba alguna estudiada insolencia, una dureza, una palabra fríamente frívola; pero casi siempre me dejaba arrastrar por aquel ingenio rápido y ligero, en el que una observación acerada permitía presentir bruscamente al estadista futuro. Hablaba de él a Marcio Turbo, quien una vez terminada su fatigosa jornada de prefecto del pretorio venía todas las noches a charlar sobre las cuestiones del momento y a jugar conmigo una partida de dados; juntos volvíamos a examinar minuciosamente las posibilidades que tenía Lucio de cumplir adecuadamente una carrera de emperador. Mis amigos se asombraban de mis escrúpulos, algunos encogiéndose de hombros, me aconsejaban tomar el partido que más me agradara; gentes así se imaginan que uno puede legar la mitad del mundo como si dejara una casa de campo. Durante la noche volvía a pensar en el asunto. Lucio tenía apenas treinta años. ¿Qué era César a los treinta años sino un hijo de buena familia, cubierto de deudas y manchado de escándalos? Como en los negros días de Antioquía, antes de ser adoptado por Trajano, pensaba con el corazón oprimido que nada es más lento que el verdadero nacimiento de un hombre; yo mismo había pasado los treinta años cuando la campaña de Panonia me abrió los ojos sobre las responsabilidades del porvenir; y a veces me parecía que Lucio era un hombre más cumplido que yo a esa edad.

A raíz de una crisis de sofocación más grave que las anteriores —aviso de que ya no había tiempo que perder— me decidí bruscamente y adopté a Lucio, quien tomó el nombre de Elio César. Su ambición era negligente; exigía sin avidez, habituado desde siempre a conseguirlo todo; por ello recibió con la mayor desenvoltura mi decisión. Cometí la imprudencia de decir que aquel príncipe rubio sería admirablemente hermoso vestido de púrpura; los maldicientes se apresuraron a sostener que yo pagaba con un imperio la voluptuosa intimidad de otrora. Aquello equivalía a no comprender la forma en que piensa un jefe, por poco que merezca su título y su puesto. Si consideraciones de esa especie hubieran desempeñado algún papel en la adopción, Lucio no era el único en quien podría haber fijado mi atención.

Mi mujer acababa de morir en su residencia del Palatino, que seguía prefiriendo a Tíbur y donde había vivido rodeada de una pequeña corte de amigos y parientes españoles, únicos que contaban para ella. Las consideraciones, las cortesías, las débiles tentativas de entendimiento habían cesado poco a poco entre

nosotros, dejando al desnudo la irritación, el rencor y, por parte de ella, el odio. Fui a visitarla en sus últimos tiempos: la enfermedad había agriado aún más su carácter áspero y melancólico; la entrevista le dio ocasión de proferir violentas recriminaciones que la aliviaron y que tuvo la indiscreción de hacer ante testigos. Se felicitaba de morir sin hijos; pues mis hijos se hubieran parecido a mí y ella les hubiera mostrado la misma aversión que a su padre. Aquella frase en la que supura tanto rencor fue la única prueba de amor que me haya dado Sabina. A su muerte removí esos recuerdos tolerables que siempre deja algún ser cuando nos tomamos el trabajo de buscarlos; rememoraba una cesta de frutas que me enviara para mi cumpleaños, después de una querrela; mientras pasaba en litera por las estrechas calles del municipio de Tíbur, frente a la modesta casa que había pertenecido a mi suegra Matidia evocaba con amargura algunas noches de un lejano estío, cuando vanamente había tratado de hallar placer junto a aquella joven esposa fría y dura. La muerte de mi mujer me conmovía menos que la de la buena Areté, intendenta de la Villa, a quien un acceso de fiebre arrebató ese mismo invierno. Como la letal enfermedad de la emperatriz, que los médicos no habían sido capaces de diagnosticar, le produjera hacia el fin atroces dolores de entrañas, se me acusó de haber empleado el veneno y aquel rumor insensato halló fácil crédito. De más está decir que un crimen tan superfluo no me había tentado nunca.

Quizá la muerte de mi mujer impulsó a Serviano a jugar el todo por el todo. La influencia que tenía Sabina en Roma favorecía su causa; con ella se derrumbaba uno de sus sostenes más respetables. Por otra parte Serviano acababa de cumplir noventa años, y tampoco él tenía tiempo que perder. Llevaba varios meses tratando de atraerse a pequeños grupos de oficiales de la guarda pretoriana; su atrevimiento llegó al punto de explotar el respeto supersticioso que inspira la edad avanzada, y hacerse tratar como emperador a puertas cerradas. Poco tiempo antes había yo reforzado la policía secreta militar, institución que me parece repugnante pero que en esta oportunidad probó su utilidad. Nada ignoraba de aquellos conciliábulos que parecían tan secretos, y en los cuales Serviano enseñaba a su nieto el arte de las conspiraciones. La adopción de Lucio no sorprendió al anciano, pues hacía mucho que tomaba mi incertidumbre por una decisión hábilmente disimulada, pero aprovechó para obrar el momento en que el acta de adopción era todavía materia de controversias en Roma. Su secretario Crescencio, cansado de cuarenta años de fidelidad mal retribuida, delató el proyecto, la fecha y el lugar de ejecución, y el nombre de los cómplices. Mis enemigos no habían desplegado mayor imaginación: se limitaban a copiar el atentado concebido en otros tiempos por Nigrino y Quieto. Debían matarme durante una ceremonia religiosa en el Capitolio; mi hijo adoptivo caería conmigo.

Aquella misma noche tomé mis precauciones. Nuestro enemigo había vivido demasiado, y yo quería dejar a Lucio una herencia libre de peligros. Alrededor de la duodécima hora, en un frío amanecer de febrero, un tribuno portador de la

sentencia de muerte de Serviano y de su nieto se presentó en casa de mi cuñado; tenía la consigna de esperar en el vestíbulo hasta que la orden que llevaba fuese cumplida. Serviano mandó llamar a su médico y todo transcurrió decorosamente. Antes de morir, me deseó que expirara lentamente, atormentado por un mal incurable, sin gozar como él del privilegio de una breve agonía. Sus votos ya se han cumplido.

No había ordenado con alegría aquella doble ejecución, pero más tarde no sentí la menor lástima ni el menor remordimiento. Una vieja cuenta quedaba liquidada; eso era todo. Jamás he creído que la edad sea una excusa para la malignidad humana; ante bien, me parece una circunstancia agravante. La sentencia de Akiba y sus acólitos me había hecho vacilar mucho más; viejo por viejo, prefería el fanático al conspirador. En cuanto a Fusco, por mediocre que fuera y por más que su odioso abuelo lo hubiera prevenido contra mí, era el nieto de Paulina. Pero por más que se diga, los lazos de la sangre son harto débiles cuando no los refuerza el afecto; basta ver lo que ocurre entre las gentes cada vez que hay una herencia en litigio. Más lástima me daba la juventud de Fusco, que apenas tenía dieciocho años, pero el interés del Estado exigía ese desenlace que el viejo Serviano, se diría que con placer, había vuelto inevitable. Y yo me sentía demasiado próximo a mi propia muerte para ponerme a meditar sobre ese doble fin.

Durante algunos días Marcio Turbo redobló la vigilancia; los amigos de Serviano hubieran podido vengarlo. Pero nada ocurrió, ni atentado, ni sedición, ni protestas. Yo no era el recién llegado que busca atraerse la opinión pública luego de la ejecución de cuatro tenientes imperiales; diecinueve años de justicia decidían a mi favor. Mis enemigos eran execrados en masa, y la multitud aprobó que me hubiera desembarazado de un traidor. Lamentaron la muerte de Fusco, sin considerarlo por ello inocente. Sé que el Senado no me perdonaba haber fulminado una vez más a uno de sus miembros; pero callaba, y callaría hasta mi muerte. Al igual que antaño, una dosis de clemencia no tardó en mitigar la dosis de rigor: ninguno de los partidarios de Serviano fue molestado. Esta regla tuvo una sola excepción: el eminente Apolodoro, bilioso depositario de los secretos de mi cuñado, y que pereció con él. Hombre de talento, había sido el arquitecto favorito de mi predecesor y a él se debía la erección de la Columna Trajana. Entre nosotros no existía el menor afecto; en un tiempo se había burlado de mis torpes trabajos de aficionado, mis aplicadas naturalezas muertas con calabazas y zapallos. Por mi parte había criticado sus obras con presunción de muchacho. A su tiempo Apolodoro denigró las mías, pues todo lo ignoraba de las grandes épocas del arte griego; aquel lógico al ras del suelo me reprochaba haber poblado nuestros templos con estatuas tan colosales que, de levantarse, romperían con la frente la bóveda de sus santuarios; crítica estúpida, que ofende a Fidias más que a mí. Pero los dioses no se levantan; no se levantan para prevenimos, ni para protegernos, ni para recompensarnos, ni para castigarnos. No se levantaron aquella noche para salvar a Apolodoro.



Al llegar la primavera, la salud de Lucio empezó a preocuparme seriamente. Una mañana, en Tíbur, fuimos después del baño a la palestra donde Celer se ejercitaba en compañía de otros jóvenes. Alguien propuso disputar una de esas pruebas en la que cada participante corre armado de un escudo y una pica. Lucio se hizo a un lado como de costumbre, pero acabó por ceder a nuestras bromas amistosas. Mientras se equipaba, quejóse del peso del escudo; comparado con la sólida belleza de Celer, aquel esbelto cuerpo parecía frágil. Al cabo de unas pocas vueltas se detuvo privado de aliento y se desplomó vomitando sangre. El accidente no tuvo consecuencias, y Lucio se repuso pronto: Yo me había alarmado mucho; hubiera debido tranquilizarme menos rápidamente. A los primeros síntomas de la enfermedad de Lucio opuse la obtusa confianza de un hombre robusto, su implícita fe en las inagotables reservas de la juventud, en el excelente funcionamiento del cuerpo. También él se engañaba; lo sostenía un liviano ardor, y su vivacidad lo inducía a las mismas ilusiones que a nosotros. Mis mejores años habían transcurrido viajando, en los campamentos y las vanguardias; había apreciado personalmente las virtudes de una vida ruda, el efecto salubre de las regiones secas o heladas. Decidí nombrar a Lucio gobernador de aquella misma Panonia donde había hecho mi primera experiencia de jefe. La situación en esa frontera no tenía la gravedad de otrora; su tarea se limitaría a los sosegados trabajos del administrador civil o a inspecciones militares sin peligro. Pero aquel país lleno de dificultades lo curaría de la molición romana; aprendería a conocer mejor el inmenso mundo que Roma gobierna y del cual depende. Lucio temía los climas bárbaros y no comprendía que pudiera gozarse de la vida en otro lugar que en Roma. Aceptó, sin embargo, con la habitual complacencia que demostraba toda vez que trataba de serme grato.

Durante el verano leí atentamente sus informes oficiales, así como otros secretos que me enviaba Domicio Rogato, hombre de confianza que había puesto junto a Lucio en calidad de secretario con el encargo de vigilarlo. Quedé satisfecho: Lucio demostró en Panonia esa seriedad que yo le exigía y que quizá hubiera perdido después de mi muerte. Por otra parte se condujo brillantemente en una serie de combates de caballería en los puestos avanzados. En la provincia, como en todas partes, su encanto no tardaba en imponerse, y su sequedad un poco mordiente no le perjudicaba; por lo menos no sería uno de esos príncipes bonachones que se dejan gobernar por una camarilla. A comienzos del otoño atrapó un enfriamiento. Pareció curarse en seguida, pero la tos no tardó en reaparecer; la fiebre persistía, hasta no abandonarlo más. A una mejoría pasajera siguió una grave recaída en la primavera siguiente. Los boletines de los médicos me aterraron; el correo público que acababa de establecer, con sus postas de caballos y vehículos a lo largo de inmensos territorios, parecía funcionar tan sólo para traerme lo más rápidamente posible, todas las mañanas, noticias del enfermo. No me perdonaba haberme mostrado inhumano con él por temor de ser o parecer demasiado

indulgente. Tan pronto estuvo lo bastante repuesto como para soportar el viaje, lo hice volver a Italia.

Acompañado por el viejo Rufo de Éfeso, especialista en tisis, fue personalmente a esperar al puerto de Bayas a mi frágil Elio César. Aunque el clima de Tíbur es mejor que el de Roma, no se presta sin embargo para las enfermedades pulmonares, por lo cual había resuelto hacerle pasar el otoño en esa región más favorable. El navío fondeó en pleno golfo; una pequeña embarcación trajo a tierra al enfermo y a su médico. Su rostro torturado parecía aún más flaco bajo la corta barba que le cubría las mejillas y que se dejaba para asemejarse a mí. Pero sus ojos habían conservado el duro brillo de las piedras preciosas. Su primera palabra fue para recordarme que sólo había vuelto obedeciendo a mis órdenes; su administración había sido irreprochable y me había obedecido en todo. Se portaba como un colegial que justifica el empleo del día. Lo instalé en la misma villa de Cicerón donde antaño, cuando tenía dieciocho años, había pasado conmigo una temporada; tuvo la elegancia de no referirse jamás a aquellos tiempos.

Los primeros días me dieron la impresión de una victoria sobre la enfermedad. En sí misma, la vuelta a Italia valía por un remedio; el país era de color púrpura y rosa en aquel momento del año. Pero vinieron las lluvias, y un viento húmedo sopló desde el mar gris; la vieja casa, construida durante la República, carecía de las comodidades más modernas de la villa de Tíbur; yo miraba a Lucio, que calentaba melancólicamente sobre el brasero sus largos dedos cargados de sortijas. Hermógenes había vuelto de Oriente, adonde lo enviara para renovar y completar su provisión de medicamentos. Ensayó en Lucio los efectos de un barro impregnado de potentes sales minerales; sus aplicaciones tenían fama de panacea, pero no fueron mejores para sus pulmones que para mis arterias.

La enfermedad dejaba al desnudo los peores aspectos de aquel carácter seco y ligero. Su mujer vino a visitarlo, y la entrevista acabó como siempre con palabras amargas; ella no volvió más. Le trajeron a su hijo, hermoso niño de siete años, llena de sonrisas la boca aún sin dientes; Lucio lo miró con indiferencia. Se informaba ávidamente de las noticias políticas de Roma; le interesaban como jugador, no como estadista. Pero su frivolidad seguía siendo una forma de valor; despertaba de largas tardes de sufrimiento o de sopor, para entregarse entero a una de esas deslumbrantes conversaciones de antaño; aquel rostro bañado en sudor sabía todavía sonreír; el descarnado cuerpo se alzaba con gracia para recibir al médico: Sería hasta el fin el príncipe de marfil y oro.

De noche, incapaz de dormir, me instalaba en el aposento del enfermo. Celer, que quería poco a Lucio pero que me es demasiado fiel para no servir solicito a quienes me son caros, aceptaba velar a mi lado; del lecho brotaba un continuo estertor. Me invadía una amargura profunda como el mar: Lucio no me había querido nunca, nuestras relaciones no habían tardado en convertirse en las del hijo pródigo y el padre condescendiente; aquella vida había transcurrido sin grandes

proyectos, sin pensamientos graves, sin pasiones ardientes; había dilapidado sus años como un derrochador tira monedas de oro. Me había apoyado en un muro en ruinas; pensaba colérico en las enormes sumas gastadas para su adopción, en los trescientos millones de sextercios distribuidos a los soldados. En cierto modo mi triste suerte continuaba: había podido satisfacer mi antiguo deseo de dar a Lucio todo lo que puede darse. Pero el Estado no sufriría y yo no correría el riesgo de quedar deshonrado por mi elección. En lo más hondo de mí mismo llegaba a temer que mejorara; si por un azar se arrastraba todavía algunos años, ¿cómo legar el imperio a esa sombra? Sin hacerme jamás una pregunta, él parecía penetrar en mi pensamiento sobre este punto; sus ojos seguían ansiosos mis menores gestos. Lo había nombrado cónsul por segunda vez, y él se inquietaba al no poder cumplir con sus funciones; el temor de desagradarme lo empeoró. *Tu marcellus eris...* Me repetía a mí mismo los versos de Virgilio consagrados al sobrino de Augusto, también destinado al imperio y detenido en plena ruta por la muerte. *Manibus date lilia plenis... Purpureos spargam flores...* El enamorado de las flores sólo recibiría de milos inanes ramos fúnebres.

Creyó sentirse mejor, y quiso volver a Roma. Los médicos que sólo disputaban ya acerca del tiempo que le quedaba por vivir, me aconsejaron que consintiera a su capricho; lo traje a la Villa en varias etapas cortas. Su presentación al Senado en calidad de heredero del imperio debía tener lugar en la primera sesión posterior al Año Nuevo; la costumbre quería que en esa oportunidad el elegido me dirigiera un discurso de agradecimiento. Aquel trozo de elocuencia lo preocupaba desde hacía meses, y revisábamos junto los pasajes difíciles. Trabajaba en él la mañana de las calendas de enero, cuando fue presa de un vómito de sangre. Perdiendo el sentido, se apoyó en el respaldo de su asiento y cerró los ojos. La muerte, para aquel liviano ser, no fue más que un aturdimiento. Era el día de Año Nuevo y no quise interrumpir las fiestas públicas y los festejos privados; mantuve en secreto la noticia de su muerte, que fue oficialmente anunciada al día siguiente. El entierro se cumplió discretamente en los jardines de su familia. La víspera de la ceremonia, el Senado me envió una delegación encargada de presentarme sus condolencias y ofrecer a Lucio los honores divinos, a los cuales tenía derecho en su calidad de hijo adoptivo del emperador. Rehusé los honores; aquel asunto había costado ya demasiado dinero al erario público. Me limité a hacer levantar algunas capillas funerarias y colocar estatuas en los diferentes lugares donde había vivido; mi pobre Lucio no era un dios.

Cada momento contaba ahora, mas yo había tenido tiempo de reflexionar a la cabecera del enfermo, y mis planes estaban trazados. En el Senado había tenido ocasión de reparar en un cierto Antonino, hombre de unos cincuenta años, descendiente de una familia provinciana lejanamente emparentada con la de Plotina. Me habían impresionado las atenciones deferentes y afectuosas al mismo tiempo que prodigaba a su suegro, anciano inválido que ocupaba el asiento



contiguo al suyo. Releí su hoja de servicios; aquel hombre de bien había mostrado ser un funcionario irreprochable en todos los puestos. Mi elección recayó en él. A medida que frecuento a Antonino, mi estima por él tiende cada vez más a convertirse en respeto. Hombre sencillo, posee una virtud en la cual había pensado poco hasta ahora, aun cuando me ocurriera ponerla en práctica: la bondad. No está a salvo de los modestos defectos, de la cordura; su inteligencia, aplicada al cumplimiento minucioso de las tareas cotidianas, se ocupa más del presente que del porvenir; su experiencia del mundo está limitada por sus propias virtudes, y sus viajes se han reducido a unas pocas misiones oficiales, por lo demás bien cumplidas. Sabe poco de arte, y sólo acepta en último extremo las innovaciones. Las provincias, por ejemplo, jamás representarán para él las inmensas posibilidades de desarrollo que siempre he visto en ellas; más que ampliar mi obra la continuará, pero la continuará bien: el Estado tendrá en él un servidor honesto y un buen amo.

Una generación, sin embargo, me parece poca cosa cuando se trata de garantizar la seguridad del mundo; de ser posible querría prolongar más allá esa prudente filiación adoptiva y preparar para el imperio otra etapa en la ruta de los tiempos. Cada vez que volvía a Roma no dejaba de ir a saludar a mis viejos amigos Vero, españoles como yo y una de las familias más liberales de la alta magistratura. Te conocí desde la cuna, pequeño Annio Vero, que por obra mía te llamas hoy Marco Aurelio. En uno de los años más solares de mi vida, en la época marcada por la erección del Panteón, te hice ingresar, por amistad hacia los tuyos, en el santo colegio de los Hermanos Arvales, presidido por el emperador, que perpetúa piadosamente nuestras antiguas costumbres religiosas romanas. Te tuve de la mano durante el sacrificio que se ofreció aquel año a orillas del Tíber, y miré con afectuosa sonrisa tu figura de niño de cinco años, asustado por los chillidos del cerdo que inmolaban pero que trataba lo mejor posible de imitar la digna actitud de sus mayores.

Me preocupé de la educación de ese niño demasiado juicioso, y ayudé a tu padre a elegir los mejores maestros. Vero, el que dice la verdad: me gustaba jugar con tu nombre; tú eres quizá el único ser que jamás me ha mentido.

Te he visto leer apasionadamente los escritos de los filósofos, vestirme de áspera lana, dormir en el suelo, someter tu cuerpo algo frágil a las mortificaciones de los estoicos. En todo eso hay exceso, pero a los diecisiete años el exceso es una virtud. A veces me pregunto en qué escollo naufragará toda esa cordura, puesto que siempre naufragamos: ¿será una esposa, un hijo demasiado querido, una de esas trampas legítimas en que caen por fin los corazones timoratos y puros? ¿O será sencillamente la vejez, la enfermedad, la fatiga, el desengaño que nos dice que si todo es vano, la virtud también lo es? En lugar de tu cándido rostro de adolescente, imagino tu rostro cansado de la vejez. Siento lo que tu firmeza, tan bien aprendida, oculta de dulzura, y quizá de debilidad; adivino en ti la presencia de un genio que no es necesariamente el del estadista; y sin embargo el mundo habrá de mejorar

seguramente por haber asociado alguna vez ese genio al poder supremo. He hecho lo necesario para que fueras adoptado por Antonino; bajo tu nuevo nombre, que se incorporará un día a la lista de los emperadores, eres desde ahora mi nieto. Creo dar a los hombres la única posibilidad que tendrán jamás de realizar el sueño de Platón: ver reinar sobre ellos a un filósofo de corazón puro. Aceptaste los honores con repugnancia. Tu jerarquía te obliga a vivir en palacio; Tíbur, donde seguiré reuniendo hasta el fin todo lo que la vida tiene de dulce, inquieta tu joven virtud. Te veo errar gravemente por las avenidas donde se entrelazan las rosas; sonrío al ver cómo te atraen los bellos seres de carne y hueso que encuentras a tu paso, cómo vacilas tiernamente entre Verónica y Teodora, hasta que de pronto renuncias a ambas en beneficio de tu austeridad, ese puro fantasma... No me has ocultado tu melancólico desdén por los esplendores efímeros, por esa corte que se dispersará con mi muerte. No me quieres; tu afecto va más bien hacia Antonino. Sospechas en mí una sabiduría opuesta a la que te enseñan tus maestros, ves en mi abandono a los sentidos un método de vida contrario a la severidad de la tuya, y sin embargo paralelo. No importa; no hace falta que me comprendas. Hay más de una sabiduría, y todas son necesarias al mundo; no está mal que se vayan alternando.

Ocho días después de la muerte de Lucio me hice llevar en litera al Senado. Pedí permiso para entrar así en la sala de deliberaciones y pronunciar acostado mi discurso, apoyándome en una pila de almohadones. Hablar me fatiga: rogué a los senadores que se agruparan en torno a mí, para no verme obligado a forzar la voz. Hice el elogio de Lucio; aquellas pocas líneas reemplazaron en el programa de la sesión el discurso que él hubiera debido pronunciar ese día. Anuncié luego mi decisión; nombré a Antonino, y pronuncié tu nombre. Había contado con una adhesión unánime, y la obtuve. Expresé entonces una última voluntad, que fue aceptada como las otras; pedí que Antonino adoptara asimismo al hijo de Lucio, que tendrá en esa forma a Marco Aurelio por hermano; los dos gobernaréis juntos, y cuento contigo para que tengas hacia él las atenciones de un hermano mayor. Quiero que el Estado conserve alguna cosa de Lucio.

Al volver a la Villa, y por primera vez en muchos días, sentí deseos de sonreír. Acababa de hacer una jugada maestra. Los partidarios de Severiano, los conservadores hostiles a mi obra, no habían capitulado; todas las cortesías que pudiera haber tenido con aquel cuerpo senatorial antiguo y caduco, no compensaban para ellos las dos o tres heridas que le había inferido. Sin duda aprovecharían mi muerte para tratar de anular mis actos. Pero mis peores enemigos no osarían oponerse al más íntegro de sus representantes y al hijo de uno de sus miembros más respetados. Mi tarea pública estaba cumplida; ahora podía volver a Tíbur, entrar en ese retiro que se llama enfermedad, experimentar con mis sufrimientos, sumergirme en lo que me restaba de delicias, reanudar en paz mi diálogo interrumpido con un fantasma. Mi herencia imperial quedaba a salvo en manos del pío Antonino y del grave Marco Aurelio; el mismo Lucio que sobrevivía en su hijo. Todo eso no estaba tan mal arreglado.

